



177

6
com



408021+

EL TRABAJO,

SU NECESIDAD Ó LEY, SUS FRUTOS Y SUS BASES
Ú ORGANIZACION.

SERMONES

PREDICADOS EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

EN EL AÑO DE 1870

POR

El Dr. D. Juan Gonzalez,

DIGNIDAD DE CANTRE DE LA MISMA.



Con licencia del Ordinario.



MADRID.—1877.

REIMPRESOS EN VALLADOLID
Imprenta, Librería y Almacén de papel de F. Santaren
Fuente dorada, núm. 27.

EL TRABAJO

EN SU RELACION CON EL TRABAJO Y SUS BENEFICIOS

Y ORGANIZACION

SERMONES

PRECANTADOS EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

EN EL AÑO DE 1890

El Dr. D. Juan Gonzalez

Publicado en el año de 1890



Con licencia del Excmo.



IMPRESION

IMPRESION EN VALLADOLID

Imprenta, Libreria y Almacén de papel de V. Gonzalez
Fuente de la Cruz, núm. 27.

À LA HONRADA CLASE OBRERA

*dedica estas sagradas frases de interés y cariño há-
cia ella un sacerdote que la ama y amó siempre
de todo corazón.*

Juan González

A LA HONRADA CLASE OBRERA

El autor de estos sermones ha dado su consentimiento para la reimpression de ellos, con el exclusivo objeto de que se propague su doctrina, tan útil para conjurar los peligros sociales, visibles en el horizonte, y todo su producto en venta se aplique á socorrer á los obreros enfermos.

NECESIDAD Ó DEBER DEL TRABAJO.

SERMON

Sobre el Evangelio del Domingo de Septuagésima.

*Quid hic statis tota die otiosi...? Ite
et vos in vineam meam.*

(Матт., cap. xx.)

ANTE la negra nube de piedras y desastres, próxima á formarse, ó formada ya, sobre esta viña que se llama sociedad europea, y anunciándose no lejano el diluvio que amenaza arrasarla, si el divino Padre de familias, soberano Dueño de ella, no lo impide, yo no puedo pasar indiferente mis ojos sobre esos jornaleros ú operarios de que habla hoy el Evangelio, tentados, digámoslo así, de declararse en huelga porque el dueño de la viña dió la misma remuneracion ó jornal á los que fueron llevados á cultivarla á última hora, que á los que ya, desde la primera, estuvieron trabajando en ella. ¡Triste y mísera condicion la nuestra, que hace sea malo nuestro ojo porque es bueno Nuestro Señor! Aquí, digo, en el Evangelio, me encuentro con estos operarios descontentos, con estos

operarios puestos frente á frente de su amo, diciéndole que á ellos, que han soportado tantas y tan penosas fatigas, se les dá el mismo jornal que á aquellos que fueron enviados á la viña pasadas ya las mas molestas horas del dia, y por consiguiente del trabajo.

Pero si estos operarios encuentro yo en el Evangelio de hoy, ¿quién de vosotros no encuentra tambien, por esas calles, plazas y campos, otros operarios ó jornaleros que, seducidos por crueles sofistas, se ponen del mismo modo frente á frente de sus amos; mejor diré, frente á frente de la sociedad, intentando destruir sus bases mas fundamentales, para que bajen á ser los últimos los que en la escala social son ahora los primeros, y lleguen á ser los primeros los que en ella son ahora los últimos? A la verdad, en las funestas proporciones que ha alcanzado ya el mal, no abribo esperanza de que la voz de un pobre sacerdote, operario tambien de última hora bajo todos aspectos, pueda tener ni siquiera la fuerza de un grano de arena contra ese torrente devastador; pero en la precision de instruir al pueblo con arreglo á las circunstancias y peligros de que se vea rodeado, que es lo que recomendaba San Pablo á Timoteo al decirle que amonestase á los fieles con instancia, con *oportunidad é importancia*, me propongo, tal vez temerariamente, ocuparme de la que hoy es llamada, y con razon, cuestion pavorosa é inmensa; pues por tal tengo el intentar exponer en estos tres domingos, bajo el punto de vista católico, la necesidad ó el deber del trabajo, sus frutos y su organizacion. Hoy no me ocuparé sino de lo primero: es decir,

De la necesidad ó del deber del trabajo.

Tengo por cierto que algunas, y aun muchas, de las cosas que he de decir en estos tres discursos, se observará no están conformes con esa ciencia sin co-razon, que se llama economía política, bien sea la que consiste en el optimismo inhumano de Smith, Say, Destutt de Tracy y otros, bien se llame tal al sentimentalismo y simpatías de Maltus, Mill y Sismondi, que no son ni siquiera ligeros paliativos para conjurar el mal. Estos sistemas, como tantos otros que carecen de la base y sancion religiosa, no hacen sinó aumentar el número, ya bastante largo, de las divagaciones humanas. Pero si no he de hablar en todo de conformidad con esos sistemas de economía política, de seguro que no faltaré, Dios mediante, á lo que debemos llamar economía providencial, ó miras sábias y paternales del soberano Dueño de la viña del mundo. Porque aun la ciencia, que tiene por especial objeto el bienestar material de las sociedades, está obligada, so pena de impotencia ó de error, á tener en cuenta una multitud de puntos de vista espirituales; lo que equivale á afirmar que, como la brújula al navegante, así es necesaria la fé á la ciencia social. No: sin el Catolicismo no se encontrará un terreno moral que ofrezca base sólida á las instituciones humanas; no se encontrarán viñas que aun en campo pedregoso den frutos al Padre de familias, dueño de ellas; no se encontrarán operarios que, llegando los últimos á la labor, sean por la bondad de Aquel tan bien pagados como los primeros. No se encontrarán, digo, sinó explotadores del hombre por el hombre en una parte, y en otra rebeldías cotidianas del operario, aspirando á ser, por lo que él llama su propio derecho, tan participante del fruto de la viña, como el dueño mismo de ella. Yo creo que el principio de salvacion de la

sociedad existe; pero por desgracia se busca allí donde no está, á lo cual es debido que la máquina social rechine y cruja, y por cuyo motivo es necesario poner mucho aceite en sus ruedas, esto es, religion y luz en tantas cabezas enfermas, y caridad en tantos corazones secos. No hay remedio: hay que ir á trabajar á la viña. *Ite et vos in vineam meam.*

En vano luchará el hombre contra la necesidad del trabajo y contra el cumplimiento de este deber; necesidad y deber que le siguen á todas partes, que le apremian, que le asedian, que le dominan, por lo mismo tambien que se siente tan fuertemente impelido á gozar del fruto del trabajo, por lo mismo que vive y se ve como envuelto en esta universal viña de operarios, de que es soberano Dueño el Criador divino. Sí: el universo no es mas que un inmenso taller de incansables operarios y artesanos. En los tres reinos, mineral, vegetal, animal, piedras, árboles, insectos, y los astros mas arriba, todo trabaja, todo se mueve, todo se agita, todo crece y decrece, y vuelve á crecer, desde muy temprano hasta muy tarde, desde las alturas hasta los abismos, sin que jamás á nada ni á nadie se le pueda decir: «¿Qué haceis aquí, ociosos? Id tambien vosotros á trabajar en mi viña.» Y el hombre, ¿no habrá de trabajar? No puede ser. El hombre, verdadero universo compendiado, dueño acá abajo de esta viña tan fecunda en frutos y maravillas, tiene que utilizarse del trabajo de todos sus operarios, pero trabajando él mismo, aunque de mas noble manera y con mas altos fines. El hombre tiene que sintetizar, digámoslo así, y como significar, en su vida laboriosa, la vida laboriosa y múltiple de todos esos seres que son como sus vasallos. El hombre, sin trabajar, causa un verdadero eclipse en la naturaleza, porque se in-

terpone ocioso entre Dios y sus obras, siempre activas, siempre fecundas. Él tiene que ser como el gran director, siempre en movimiento, de esa general armonía; y no asociándose al universal trabajo de toda la creación, pierde mucho de sus encantos ese maravilloso conjunto de hábiles artistas que junto á él, y con principal provecho para él, no descansan noche y día. Así que, la idea del trabajo hasta tiene su punto de vista estético, por ser bella en sumo grado, considerada bajo el aspecto de la soberanía del hombre en sus relaciones con todos esos artistas y operarios de la naturaleza, que sobre nuestras cabezas y bajo nuestros piés ofrecen el magnífico ejemplo de una actividad incansable. A nadie, á nadie en la plaza pública del universo hay que decir: «Vé tú también á trabajar en mi viña.» Se les dijo en el primer día, y esos operarios no conocen la pereza, la rebelion ni la huelga.

El trabajo es el destino del hombre, que nace para eso, como el ave para volar. Es mas. El trabajo es su corona, es su dignidad. Aun á Adán feliz se le impuso el trabajo en el paraiso, trabajo grato, trabajo glorioso, porque con él, segun enseña el Angel de las Escuelas, hacia esperiencia de sus fuerzas naturales. *Jucundam propter experientiam virtutis naturæ.* Pero despues del pecado original, la que antes no habia sido sinó ocupacion agradable, se convirtió en pena y expiacion laboriosa, sin que por eso se haya dejado nunca de considerar tambien como un honor aun el trabajo mas rudo y material. Así es que los Rómulos, los Remos, los Camilos y los primeros ilustres romanos dejaban el arado y el azadon al subir á los primeros puestos de la milicia y del Estado. En la Ley antigua y en varios libros del Viejo Testamento se consideran como signo de nobleza las manos callosas, y se

hace notar, de un modo especial, que eran labradores ó pastores muchos de sus mas ilustres personajes. ¿Qué hacian sinó trabajar en rudas fatigas Gedeon, Saul y David cuando fueron llamados, el primero para que libertase á su pueblo, el segundo para que salvase á Jebes, y el tercero para ser ungido Rey? ¿Qué hacía Eliseo sinó arar cuando fué ascendido Profeta? ¿Dónde sinó segando cogió el mal que le causó la muerte, Manasés, rico esposo de Judith? ¿En qué se ocupaban mas que en trabajar cosiendo y tegiendo la madre de Samuel y la esposa de Tobías? ¿Qué dice Salomon que ha de hacer la mujer fuerte? Y viniendo ya á la presente Ley de gracia, ¿qué casa escogió el Verbo encarnado para morada, sinó la de un artesano á quien el Hijo de Dios ayudaba, como lo afirman San Justino y San Gerónimo, en el mecánico oficio de construir carros? ¿A quién sinó á artesanos eligió el Redentor para Apóstoles? ¿Con quién se complacia en conversar mas que con los hombres laboriosos y útiles? ¿De donde tomaba el Divino Maestro la mayor parte de sus palabras sinó de las ideas del trabajo y de la industria? Más: el mismo Dios es Artífice divino, operario sin descanso, conservando y multiplicando las cosas. *Pater meus usque modo operatur*. Ved, pues, con esto, no solo preconizado, sinó hasta ennoblecido y divinizado el trabajo, aun el mas material, mecánico y penoso.

El trabajo es además un elemento necesario de nuestro desarrollo, así moral como físico. Porque lo mismo en un orden que en otro, el uso y frecuente ejercicio de nuestras fuerzas y facultades las acrecen y perfeccionan. Todo muere en la inaccion: la pereza mata al genio; hay que moverse y trabajar, so pena de morir. La quietud sistemática es la relajacion y envenenamiento de todas las fibras que concurren á la ex-

pansión de nuestra existencia. Mirad la vida tal como se hace en las montañas pobres, donde el labrador apenas descansa, y vereis mil existencias octogenerias con todos los privilegios de la edad varonil. Reparad, al contrario, en esos otros países meridionales, donde las riquezas á unos, y el clima á otros, los arrojan á los placeres y los sumen en la indolencia y la ociosidad, y vereis innumerables jóvenes acosados ya de los achaques y tristezas de la mas mísera decrepitud. Y esto mismo que sucede en el órden físico, se realiza en el moral é intelectual; porque respecto de virtudes y de ciencias, es muy pobre nuestra condicion, y solo á fuerza de sacrificios penosos y trabajos interiores podemos alcanzar órden para nuestras pasiones y luz para nuestras ignorancias. ¡Ay de aquel que se pare y se ponga á descansar en este camino de lucha, en esta milicia activa que se llama vida humana! Los que corran en este palenque han de abstenerse, como dice San Pablo, de todo lo que impida su soltura y movimiento. Solo cultivando desde muy temprano el terreno pedregoso de la viña moral de nuestra existencia, podremos recoger frutos de virtudes y de conocimientos que nos honren y enriquezcan. *Qui addit scientiam, addit et laborem* (1).

Por eso ¡ay! son harto injustas las quejas de los obreros cuando suponen que solo ellos, cavando la tierra bajo la intemperie del frío y el rigor del calor, ó pasando el día en una fábrica ó taller, son los que llevan sobre sí la mas pesada carga del operario humano, y que las demás clases no llegan sinó á última hora, ó á ninguna, al campo del trabajo. Error lamentable, y maldad nefanda además por parte de quien en

(1) *Eccli.*, 1.

ese terreno los seduce, como si los males que todos lloramos hubieran de curarse añadiéndoles en el corazon de la clase obrera los tormentos del odio y el veneno de la envidia. ¡Maldicion sobre esos imprudentes sofistas que, so color de piedad para con las clases que mas se dedican al trabajo manual, remueven en el corazon humano la levadura de las malas pasiones y el gérmen de las mas funestas rivalidades! Lo mas leal, cierto y prudente sería decir al artesano y al obrero, que no consiste en la accion del brazo y en el manejo de las herramientas, el mas improbo trabajo del hombre. Porque bajo del sol no hay condicion alguna, ni la ciencia, ni el poder, ni el rango, ni la fortuna misma, que esté exenta de una ley impuesta á toda la raza humana, aunque á primera vista parezca que muchos llegan á trabajar á última hora. ¿Dónde, pues, se hallan esas clases del Estado, que gocen sin trabajar y sin consumirse, sentándose en el banquete de la vida, dispensadas de pagar, digámoslo así, el billete de entrada? ¿Será el magistrado que, despues de una carrera penosa, estudia y vela por la observancia de las leyes y la incolumidad de nuestros derechos? ¿Será el militar, que está obligado á inmolar su vida en cada momento? ¿Será el sacerdote, espresion viva de un principio que es para la sociedad lo que el alma para el cuerpo, y cuyas funciones y deberes, tan mal retribuidos siempre, y hoy tan completamente olvidados por el gobierno de una nacion tan católica como esta; funciones y deberes, digo, que son, bajo mil títulos, tan continuos y penosos? ¿Serán los que sirven al Estado de cualquier otra manera, no tan cómoda y envidiable como á los obreros les parece? En la viña cristiana el mayor peso del trabajo le soportan los que al vulgo le parece que llegan á última hora; porque

gloria, y gloria grande es del Cristianismo, haber aliviado del peso de la esclavitud á las masas, echándole, en cambio, sobre los hombros de los que desempeñan los mas deslumbradores cargos, y realizándose así con rigurosa exactitud, que los primeros son los últimos; ó, lo que es lo mismo, que el que entre nosotros quiera ser el primero, debe constituirse siervo de todos, como lo prescribe Jesucristo.

¿Por qué habláis de igualdad ¡infelices! por qué habláis de igualdad? En la misma viña de que habla hoy el Evangelio habia un dueño de ella, un mayordomo de ese dueño, y operarios de primera, de segunda, de tercera y de cuarta hora. ¿Por qué habláis de igualdad? Os engañan; os engañan. En nosotros no hay mas que desigualdades, desigualdades naturales, intelectuales, morales. El desarrollo de nuestras fuerzas y facultades es diferente en cada uno de nosotros. Cada ola de nuestra existencia lleva diferente direccion. La naturaleza comun ofrece una desigualdad necesaria en sus relaciones individuales. Sin esto, sin la diversidad de genios y de aptitudes, no germinaría en la inteligencia la semilla secreta, el grano particular que allí ha depositado Dios, y que debe producir una serie de destinos correspondientes á las funciones que implica, desde las mas humildes hasta las mas elevadas. ¿Querriais que todos los árboles fuesen cedros? ¿Que todas las piedras fuesen mármoles? Que todos los animales fuesen leones? ¿Que todos los elementos fuesen fuego? ¿Querriais quitar del gran drama de la creacion esa riqueza de formas y colores, de sonidos y de movimientos? ¿Querriais renunciar al cetro de las artes y á los prodigios de la industria? Dejemos ¡por Dios! á la libertad humana la infinita variedad de sus manifestaciones. Dejemos que en esta viña se estiendan

por acá y por allá sus sarmientos con diversidad de medidas, de pámpanos, de colores y de frutos. ^{obsiv}
-30; Lástima que me falte tiempo para exponer lo que la Iglesia, proclamando la ley del trabajo y dándole hasta un valor divino á la vez que un carácter de expiación, ha fomentado todos, todos los ramos de la riqueza pública y del bienestar individual, sin exceptuar ni uno solo! Ella misma ha sido un verdadero taller, donde cada artista ha labrado é inmortalizado su obra y su nombre; los arquitectos mas ingeniosos construyendo sus catedrales; los tallistas y escultores mas inteligentes labrando sus imágenes y las piedras de sus edificios; los mas hábiles pintores cubriendo sus paredes, y los mas famosos grabadores cincelandos sus cálices y relicarios. Templos del arte han sido los suyos tanto como lo son de Dios y de la Religion. Unicamente ha templado y temple la Iglesia esa ley del trabajo respecto del obrero, exigiendo del propietario mucha caridad para con él, aquella caridad que mostró el dueño de la viña con los operarios que llegaron á ella á última hora; y exigiendo tambien de todos la observancia del descanso dominical, ley divina impuesta á los hombres para que reconozcamos el soberano dominio de Dios, Criador y Conservador de la viña y de sus operarios, y al propio tiempo como observancia necesaria á la vida del espíritu y á la salud del mismo cuerpo. Nunca, nunca me cansaré de decir al obrero, que para él principalmente son las ventajas del descanso dominical.

○ Aquí, aquí, en las ideas de este elevado orden, es donde yo encuentro la posibilidad de establecer esa armonía tan buscada en las relaciones del trabajo y del beneficio material, de que en vano se ocupan las leyes políticas y las comisiones parlamentarias. Por-

que todas las sólidas instituciones sociales han nacido del sentimiento religioso, y ninguna, de las especulaciones filosóficas. Todo conato civilizador que no conduzca á un acto de adoracion y á una moral, no será mas que un aborto. La Iglesia quiere curar al rico en su codicia, y al pobre en su miseria y en su inmoralidad, y lográndolo no habrá mas que intereses comunes: los del rico serán los del pobre, y los del pobre serán los del rico. Ese seria comunismo cristiano, comunismo santo. Otro es imposible, es absurdo. Sería un huracan que derribase la casa del poderoso envolviendo en sus ruinas al pobre. Hay ciertas quimeras que hacen aparentar grande lo que no es sinó monstruoso, y fuerte lo que no es sinó audaz. Son crueles las Constituciones y los gobiernos con el pobre, cuando le dan derechos políticos que de nada le sirven, sin ofrecerle garantías de existencia, de que tiene necesidad. Es darle á comer los sarmientos secos de la viña, fortificándose otros con sus frutos. Pero, en fin, como esto, mas que con el punto de hoy, se relaciona con otro de que, Dios mediante, he de ocuparme el último de estos tres domingos, pongo fin al presente discurso, dejando para el próximo el hablar acerca de los frutos del trabajo, penoso destino nuestro, pero necesario y aun glorioso, segun habeis oido.

Cumplamos, pues, todos nuestro destino, expiatorio á la vez que honroso, en la forma y modo que nos señale nuestra respectiva posicion social, sin hacer la guerra el obrero al capitalista ó propietario, y sin mostrarse éste indiferente á los infortunios de aquel. Porque una cosa voy á decir, y con ella concluyo por hoy: todo movimiento que parte de abajo, azota á lo que está en alto; al paso que el que arranca de lo alto pacifica á lo que está debajo. «Me rodean, puede decir

hoy con la Iglesia la sociedad, gemidos de muerte y dolores del infierno.» No corramos como hácia lo incierto, no peleemos como quien dá golpes al aire, según hoy también nos dice San Pablo; sinó que buscando y aplicando el remedio allí donde debe buscarse y aplicarse, la viña de la sociedad esté bien cultivada y guardada, sin que su dueño tenga que temer se la descepen, ni el obrero abrigar desconfianzas y ódios respecto de aquellos sin cuyo auxilio él no podrá nunca vivir. Comamos cada uno de nosotros el pan de nuestro respectivo trabajo, que así fué siempre, y así será, y viviendo con sobriedad los unos, y sin pretensiones locas los otros, alcanzaremos el premio de nuestras fatigas, *sic currite, ut comprehendatis*..... en la gloria eterna, que á todos deseo. Amén.

CONDICIONES Y FRUTOS DEL TRABAJO.

SERMON

sobre el *Evangelio del domingo* *de Sexagésima.*

Fructum afferunt in patientia.
(Luc., 8.)

Pareciéndome que la predicacion católica, divina sembradora, no debe permanecer muda acerca de la materia tan pavorosa y trascendental que me he propuesto dilucidar en estos tres domingos, hice ver en el anterior cuán natural, cuán imprescindible y cuán santo es el deber del trabajo. ¡Del trabajo! Palabra llena de enigmas y amenazas. ¡Del trabajo! Destino expiatorio del hombre, de este sembrador que, saliendo al campo á arrojar semilla en su heredad, se encuentra luego con que una parte de ella cayó junto al camino, fué hollada y la comieron las aves; otra cayó sobre piedra, y despues de nacer se secó por falta de humedad; otra cayó entre espinas que la ahogaron, y otra, cayendo en buena tierra, nació y dió por fruto el ciento por uno.

¿Cómo es el dar ciento por uno esta parte de la semilla que, según el Evangelio de hoy, cayó en tierra buena? El mismo Salvador lo explica suficientemente al descifrar el sentido de la parábola á los discípulos que manifestaron no comprenderle. Omitiendo ahora la explicacion del divino Maestro respecto de las tres partes de semilla, que no dieron fruto, y limitándome únicamente á la que cayó en tierra buena, os haré notar que ésta no dió ciento por uno sinó porque tuvo por auxiliar la paciencia. *Fructum afferunt in patientia*. Porque aquí corresponde perfectamente la explicacion que hace el Salvador respecto del fruto céntuplo de la divina palabra, á que la parábola se referia, á la parte de la misma parábola, que en su sentido literal habla del fruto abundantísimo de la semilla aprovechada.

Tenemos, pues, que así como el fruto de esta semilla de la divina palabra no es céntuplo sinó porque el que la oye sufre con paciencia los trabajos que Dios le envía, del mismo modo el trabajo del hombre no da ni puede dar fruto material sinó con el auxilio de la propia paciencia. *Fructum afferunt in patientia*. Así que, no es perdiendo la fé ni sucumbiendo á la tentacion, ni buscando riquezas y deleites, como el trabajo humano da fruto céntuplo, sinó solamente dedicándonos á él con paciencia cristiana.

Exponer, pues, *las condiciones y frutos de este trabajo* será el objeto del presente discurso.

Fructum afferunt, etc.

AVE MARIA.

Bien conozco que tratándose de una sociedad como esta, ébria con los goces del placer, y tan dada

á la satisfaccion de los apetitos materiales, que tiene por diosa á la naturaleza y por Dios al dinero, el perderla paciencia, abnegacion, dolor, como condiciones necesarias para que sea fructífero el trabajo humano, ya sea manual, ya de otra especie, es quizás hacerme tan poco inteligible, como lo fué para los discípulos de Jesucristo la parábola del sembrador. Sin embargo, ó el terreno social se convierte en volcanes, desapareciendo toda la civilizacion y no quedando en estos campos, antes tan fecundos, sinó aves de rapiña, piedras y espinas, ó la paciencia cristiana, acompañando al operario, tiene que ser la condicion y el primer elemento de la fructificacion de su trabajo. *Fructum afferunt*, etc.

Dicho se está que, considerado el trabajo como una pena expiatoria, segun en el discurso anterior mostré lo era, y hasta como un medio de reparacion, no puede menos de ser necesaria la paciencia para soportarle, del mismo modo que lo es para no sucumbir en las demás penalidades y miserias que rodean toda nuestra vida. Sin esto, la pena sería doble pena, pues en el hecho de querer sustraernos á nuestro destino, á nuestro destino necesario, á nuestro destino fatal, si puedo hablar así, como lo es el trabajo, este se nos haría doblemente violento é insoportable, y por esa misma razon no llegaría nunca á ser fructífero. Así es que encuentro una gran impropiedad de lenguaje, además de una falsedad de idea, al oír decir que el hombre tiene derecho al trabajo: porque siendo éste una pena, á tanto equivale afirmar que el hombre tiene derecho al trabajo, como asegurar que le tiene á las aflicciones, á las enfermedades y á la muerte; y esto es absurdo, y mas en boca de los modernos filósofos epicúreos: y si se considera el trabajo como un de-

ber, es lo mismo que decir que el hombre tiene derecho al deber ó á su cumplimiento; y esto es no saber filosofar ni hablar. Debía decirse con toda franqueza, que lo que se quiere es no trabajar ni poco ni mucho. A lo que hay derecho es á la caridad en los términos que expondré, Dios mediante, el próximo domingo.

Si, señores: Dios ha dado la tierra al hombre, como tronó para que desde ahí suba al cielo, pero cubierta de aves devoradoras, de piedras y de espinas, y no podemos sacar abundante fruto de ella sin el auxilio de la paciencia. *Fructum afferunt in patientia*. Pierda el obrero la fé; deje de considerar que el trabajo es una pena expiatoria, reparadora y meritoria; no tenga presente que su divino Redentor trabajó tambien y fué paciente artesano; prescinda de que no es esta la hora del descanso, sinó la de la prueba; adopte errores contra las divinas creencias; déjese arrastrar por sofismas contra la verdad eterna, y olvídese de que Dios, nuestro celestial Padre, cuida hasta del más imperceptible de nuestros cabellos, y nos eleva á su santa gloria aun desde la mas humilde posicion... y habrá sembrado en vano, habrá dejado caer las preciosas gotas de su sudor, la semilla de su trabajo junto al camino para que la deshaga la planta impia de los transeuntes y se la coman esas aves sofisticas que con siniestro vuelo se agitan hoy sobre toda la superficie de la tierra. ¡Trabajo inútil! *Semen cecidit secus viam*. Pierda el obrero su amor á la palabra divina que le anuncian los lábios de sus sacerdotes, sembradores de eternas dichas; deje de meditarla atentamente; escúchela, pero sin permitirle echar raices en su corazon; aléjese del templo donde se enjugan todas las lágrimas de la vida, y sucumba á la tentacion de los que le hablan para seducirle y engañarle... y habrá

sembrado en vano, habrá sembrado la semilla de su trabajo sobre piedra, y la encontrará á poco de nacer, á poco de haberla regado con sus sudores, marchita y seca. ¡Trabajo inútil! *Semen cecidit supra petram*. Pierda el obrero esas virtudes de sobriedad y moderación, que le son necesarias y tanto le realzan; déjese arrastrar por esas voces de sirena, por esos silbidos de serpientes, que le invitan al loco festin social, que le ofrecen tesoros quitándoselos á los ricos, que le aturden y volcanizan la cabeza prometiéndole dichas, igualdades, placeres, paraísos y sueños beatíficos que no ha conocido ni conocerá nunca esta pobre humanidad... y habrá sembrado en vano, habrá arrojado la preciosa semilla de su trabajo entre punzantes espinas. ¡Trabajo inútil! *Semen cecidit inter spinas*. Pero oigan con buena voluntad las clases obreras la palabra de Dios, que es luz para nuestros pies, que es bálsamo para nuestras heridas, que es antorcha para nuestras tinieblas, que es riqueza para nuestra pobreza, que es lenitivo para nuestros dolores, que es para nuestras concupiscencias freno, para nuestras rebeliones segura disciplina, y para nuestros profundos vacíos plenitud de satisfacciones, y entonces esas pobres gentes habrán sembrado en tierra buena para coger fruto céntuplo. *Cecidit in terram bonam, et ortum fecit fructum centuplum*. ¿Os parece que no? ¿Os parece que es poco fortificar el alma tratándose del trabajo material, en el cual ella es la que mas sufre y padece? ¿No es á curar heridas de ella á lo que va encaminada la pena del trabajo? ¿No es ella el principio de la vida y la directora de la actividad? Dadme alma enervada, y no tendreis sinó trabajo estéril. Si ahora hay tanta resistencia al trabajo, no es sinó porque la enfermedad está en las almas,

El primer fruto del trabajo soportado con paciencia, es alejar los vicios y conservar y fomentar las virtudes. Porque grandes virtudes tienen, segun se lee en el libro de la Sabiduria, las fatigas y trabajos en que nos empleamos, no perdiendo de vista la justicia. *Labores hujus magnas habent virtutes* (1). Si buskais utilidad, si buskais fruto céntuplo, si quereis ser sembradores con esperanza de coger abundante cosecha, trabajad con paciencia, porque el trabajo os enseñará templanza, y prudencia, y justicia, y fortaleza, que es lo mas útil que hay en la vida de los hombres, segun frase del libro divino ya citado en elogio del trabajo. *Quibus utilius nihil est in vita hominum*. Porque cada una de esas virtudes que se adquieren ó fomentan con el amor al trabajo, es para el obrero una semilla que le dá fruto céntuplo, moderando sus apetitos, rigiendo sus inclinaciones, señalando camino á su conducta, sofocando en él las quejas de la suerte, dulcificando sus diarias amarguras, haciéndole suaves sus privaciones, imponiendo freno á los instintos rebeldes y apartándole de todas las ocasiones en que pueda depravarse y corromperse; cosas todas que, aun en el órden material, constituyen para él un capital inapreciable, porque nada hay mas funesto y fatal que el vicio para el obrero, á quien arrebatada ó enerva la fuerza corporal de que necesita y le hace consumir los ahorros que habia de reservar para sus extraordinarias necesidades. Si: el trabajo, con sus condiciones cristianas, da fruto céntuplo, en vez de que sin ellas la clase obrera será siempre mártir de ánimo y víctima de cuerpo, cayendo su sudor fuera del camino de las felicidades humanas, ó sobre la dura piedra de una in-

(1) *Sap.*, viii, 7.

digencia invencible, ó entre las punzantes espinas de una desesperacion insoportable. «Porque comerás, ha dicho David, del trabajo de tus manos, eres feliz y te irá bien.» *Labores manuum tuarum quia manducabis, beatus es, et bene tibi erit.*

¿Veis ese operario de rostro apacible, de mirada dulce, de ademán respetuoso, tan limpio en su vestido en los días de descanso, decente en toda su conducta, acompañando en el paseo ó en la iglesia á su familia, que es toda su dicha, con su hogar humilde, pero aseado y pulcro, con alguna pequeña economía para celebrar sus prósperos sucesos, ó para salir, sin apelar á usureros, de cualquier lance adverso? Pues ese es el operario ó ciudadano bueno, pacífico, sóbrio, previsor, económico y dichoso, con su triple fuerza física, moral y religiosa. ¿Veis ese otro de mirada torba, de ceño siniestro, irreverente, maldiciente, blasfemo, á quien la familia sirve de peso, para quien los hijos son tormento, sin orden en el hogar, empeñándose cuanto le sobreviene el más ligero contratiempo, ó sin sobrevenirle, áspero, ágrío, pendenciero, intolerable...? Pues ese es el operario anticristiano, quizás libre-pensador, perezoso, indolente, desesperado, derrochador, desdichadísimo; siempre con dos llaves en el bolsillo, la de la taberna y la del hospital, y con inminente peligro de llevar también la tercera, que es la del presidio.

Claro es que el trabajo tiene espinas, tiene dolores, porque es pena, porque es expiación: ya lo he dicho; y por eso es necesaria la paciencia para que dé fruto. Pero ¿quereis quitar el dolor y las espinas de en medio del mundo? ¿Estais locos? Pues entonces no quedará en él nada bello. Entonces quitariais todos los aromas de la vida humana y hasta todos los elementos de pro-

greso. Porque no hay un trabajo bueno, un talento, una virtud, que no tenga su ocasion ó su móvil en una necesidad, en una privacion, en un deseo, en un sentimiento penoso. El vacío es la condicion de nuestra existencia. Un deseo pequeño sin satisfacer, turba las olas de un océano de placeres. El sufrimiento, excitando la actividad, es una condicion del progreso humano.

La industria, las artes, las ciencias, el valor, la prudencia, la justicia, la caridad, el heroismo, todas las virtudes, todos los méritos, tienen su punto de partida en una idea triste, en una espina, en fin, de dolor. La vida no es mas que una perpétua tristeza. Digo mas: el alma necesita del dolor, que no es mas que el sentimiento de su debilidad, de sus imperfecciones y defectos, para ver lo que le falta y comprender lo que la conviene. ¡Por qué, pues, á esos pobres operarios ha de engañárseles con que la vida es gozar, con que la tierra es paraíso, con que el mundo es un Eden de dichas de que ellos están desheredados? A manera de esos briosos corceles que despues de correr mucho se rinden y dejan abandonados y perdidos en lejanos desiertos á sus ginetes, así las pasiones removidas en el corazón del artesano por crueles sofistas, despues de haberle elevado con vuelo icariano á la region de los sueños y de las quimeras, le dejan caer y le abandonan en abismos sin luz y sin salida. No querais, señores ¡por Dios! cambiar la naturaleza del mundo moral.

Todas esas ideas que parecen ser los axiomas de la falsa ciencia económica moderna, no hablando sinó de goces, como principales móviles y fines de la actividad humana, tienen por base ú origen la negacion del pecado original; y son absurdas, porque destruyen la nocion del trabajo, que implica dificultad, resistencia,

obstáculo activo ó pasivo, ó ambas cosas á la vez, y por consiguiente dolor. El trabajo que no encuentre sinó campos floridos, lirios, rosas y paraísos terrenales, siempre con fruto céntuplo á primera mano, sin encontrar espinas, ni piedras resistentes, ni aves devoradoras, no solo no daría héroes y glorias al mundo, sinó que seria la rémora, la muerte, mejor dicho, del progreso y de la civilizacion. Por eso el Cristianismo, dando al trabajo el carácter que le dá, y exigiendo para él una paciencia meritoria, es la principal fuerza del movimiento civilizador; al paso que esos economistas anticristianos, no mirando mas que al placer, al goce, á la mera necesidad material, y negándose á aceptar la idea del trabajo con sacrificio, con abnegacion, con fé y esperanza en el porvenir de la humanidad mas allá de este mundo, campo lleno de aves devoradoras, de piedras y de espinas, despojan al obrero de virtudes, le llenan de vicios, le empobrecen y le arrebatan la dignidad, la hermosa aureola de que el Cristianismo rodea esas frentes que sudan, esas cabezas que se inclinan hacia la tierra, esos rostros que han llenado de arrugas el trabajo y el dolor.

Fruto sagrado es tambien del trabajo la propiedad, ó sea, hablando en general, el derecho sobre todo aquello, mucho ó poco, á que el hombre comunica vida y fecundidad con el sudor de su frente, con las vigilias y penalidades de su estudio, con su diligencia y solicitud, haciendo participantes, digámoslo así, á los objetos beneficiables de su propia sávia por medio de su actividad, y dominando á la naturaleza con su potente genio en los casos necesarios. Resulta de esto que, sea de la clase que quiera, la propiedad es el hombre, porque, bien para adquirirla, bien para conservarla, la propiedad es el trabajo, de una ú otra especie, es la

solicitud, es la actividad; y la actividad es lo que constituye la vida humana. Por eso la propiedad es tan sagrada como la persona misma; y si lo es la propiedad de su trabajo en el obrero, y su hogar, y sus aves, y sus animales, y hasta sus instrumentos, lo es del mismo modo la propiedad del capital ó de la finca en el que la posee. La relacion que crea el trabajo entre el hombre y la tierra no es real y verdadera si no es permanente. Siendo la propiedad el hombre mismo, en el sentido dicho, como el hombre mismo se perpetúa en sus hijos, á ellos se trasmite, del mismo modo que la vida, la propiedad de los padres. Sin la propiedad la especie humana permanecería estacionaria, y sin la trasmision ó sin la herencia no habria familia, porque la esperanza de transmitir es el mas poderoso móvil del hombre, y especialmente de los padres que por ese medio legan y perpetúan su ternura entre sus hijos y descendientes. Su nombre va unido á la tierra como sus cenizas; y el árbol que plantó, y el pozo que abriera, y la casa que edificára, son como vínculos misteriosos que unen á unas generaciones con otras. No hay, pues, que hacer la guerra á la propiedad, por otra parte recargada con tantos impuestos, que el propietario nominal, mas que eso, parece ser el gerente de una sociedad en comandita, cuyas acciones son innumerables. Solo él tiene la responsabilidad de las pérdidas, semilla junto al camino, semilla sobre piedras, semilla entre espinas; pero no es solo él quien participa de los beneficios ó del fruto céntuplo. En vez de atacar á la propiedad, creo yo que aun falta mucho para que sea lo real, lo líquido y lo personal que debia ser. La tierra es pequeña, señores, y repartida entre todos no daría nada á nadie. El vapor acortará las distancias, pero no dará á la tierra ni un palmo mas. Es pre-

ciso que la gran mayoría no tenga nada; pero á falta de tierra, es una felicidad tener brazos con que ganar el pan de cada dia.

Hechas estas saludables y oportunas indicaciones, ahora que se siembran tantos rencores, tantas antipatías, tantos odios, tantas rivalidades entre los que poseen y los que no poseen, para no coger por fruto sino grandes desastres, puede verse por todos los ojos que no estén turbios lo que seria el reinado del comunismo para la sociedad y para las mismas cándidas y crédulas clases obreras, objeto de la mas falaz adulacion por parte de esos sembradores de utopias, mentiras y engaños.

El comunismo, al dia siguiente de decretar la destrucción, por otra parte imposible y absurda, de todas las desigualdades, veria levantarse ó crearse otras nuevas, porque cada hombre, por virtudes ó por vicios, por capacidad ó por falta de ella, manejaría de un modo diferente que los demás la parte de riqueza ó capital que se le adjudicase, y en su consecuencia unos comenzarian á ser ricos, y otros pobres, unos cogeria piedras y espinas, y otros fruto céntuplo, y se acabó al instante la *igualdad*; y en el caso de que el Estado administrase los bienes públicos, para distribuirlos no se sabe por qué reglas, el Estado ¿quién lo duda? son dos hombres, cuatro hombres, seis hombres, los cuales, teniendo en su mano un cúmulo tan considerable de riqueza, vendrian á ser mas facilmente los déspotas de la sociedad, pero con el peor despotismo, sin contrapeso y sin freno, mas poderosos y mas fuertes que todos los ciudadanos juntos; y por consiguiente se acabó la *libertad*, y vendrian la tiranía mas dura y la esclavitud universal mas ignominiosa. En tal caso yo diria á los pueblos: «No teneis

esclavos, pero vosotros lo sois.» Y seria oportuno añadir con San Pablo en la Epístola de hoy: «Sufris á quien os pone en servidumbre, á quien os devora, á quien os hiere en la cara...» El comunismo, además, destruyendo la propiedad particular, ataca y destruye la familia, porque, segun dije antes, en la trasmision de la respectiva fortuna á sus prendas queridas, encuentra el padre no solo el consuelo de las amarguras y la recompensa de los trabajos y sacrificios soportados para acumularla, sinó tambien un estímulo ó una ocasion para el desarrollo de la paternidad. Sin esto se acabó la familia; se acabó la sociedad. De la misma manera el comunismo, matando el capital, que es el auxiliar del trabajo, mataría el jornal; y muerta tambien la competencia ó concurrencia, dad por muerta á la industria, dad por muertas todas las glorias, que no nacen sinó bajo el estímulo de una retribucion proporcionada á la libertad del trabajo y á la cantidad y riesgos del capital. El comunismo, pues, es un edificio sin base, un sistema flotando en el aire, sin tener apoyo ni en el cielo ni en la tierra. Dios ha creado las sociedades y les ha dado leyes, y el hombre es impotente para transformarlas. Arrojad, arrojad, sembradores malignos, sobre este terreno social que han labrado y fecundado antes mil y mil generaciones laboriosas y sensatas, la semilla de tantas mentiras, ficciones y quimeras, y no lograreis sinó que esas mismas clases obreras á quienes halagais, y la sociedad toda, recojan gran cosecha de desengaños, de miseria, de lágrimas y de desdichas, piedras por grano, espinas por flores....

Trabajo feliz, trabajo bendito aquel que, soportado con paciencia, da el fruto céntuplo de adquirir y conservar virtudes, alejar vicios, formar propiedad, vi-

BASES Ú ORGANIZACION DEL TRABAJO.

SERMON

sobre el Evangelio del domingo de Quincuagésima.

Stans autem Jesus jussit illum adduci ad se. (Lúc., cap. xviii.)

Y Jesus, parándose, mandó que se le trajesen.

DIRÍASE á primera vista que en el Evangelio de hoy no he de encontrar base para continuar la materia que dejé pendiente en el discurso anterior, toda vez que en él parece no leerse cosa alguna que se asemeje á operarios descontentos, ni á sembradores que, á fuerza de paciencia, recojan fruto céntuplo de una parte de su trabajo, ya que tres se queden infructuosas y estériles. Pero, sí, señores, sí; subimos á Jerusalem; subimos á Jerusalem. *Ecce ascendimus*. Porque en ese Evangelio veo al gran operario de nuestra salvacion, Jesucristo, Señor nuestro, que, soportando paientísimo los trabajos de su Pasion y muerte en Jerusalem, anunciados antes claramente á sus discípulos, recoge á los tres dias el fruto en su resurreccion gloriosa, fundando y organizando sobre este hecho

divino el trabajo de sus operarios los Apóstoles y sus sucesores. En este Evangelio veo además turbas, turbas que en su mayor parte serian clases obreras ó proletarias, siguiendo á Nuestro Señor Jesucristo, pero siguiéndole con tanto entusiasmo, que casi no toleran pueda distraerles el grito lastimero de un pobre ciego, sentado junto al camino por donde transitaban. Veo tambien á este mismo pobre ciego clamando al ilustre Hijo de David para que le restituya la vista y le conceda salir de tan deplorable situacion; y, por último, veo al Salvador mandando que le lleven ó aproximen al ciego. que le llamaba. Con que ¿tengo ó no tengo base?

La tengo, sí, la tengo, y se la ofrezco hoy desde aquí, en nombre de la Religion, á esos hombres de prodigiosa fantasia, á esos materialistas organizadores del trabajo, á esos aparejadores de la obra social, á esos señores de la informacion parlamentaria, que no se han ocupado de la religion de las clases obreras, á esos armadores ó constructores de barcos de papel, desde donde abrigan la loca pretension de desafiarse y poner á raya las olas de este mar borrascoso del mundo moral, y tomar por fuerza ó de grado estos castillos que se llaman corazon, corazon humano, para edificar en ellos ó sobre sus ruinas otro orden de cosas, extraño á esta humanidad real ó positiva, y crear un nuevo cielo con otro Dios ó sin él ¡qué mas da! y una nueva tierra con otros hombres. ¡Delirio! ¡Insensatos! ¡Como si para el hombre de hoy, como para el de ayer, y como para el de siempre, hubiera otro camino que el de Jerusalem, el del dolor y el de la crucifixion de las malas pasiones, si ha de resucitar á la vida social lo que está muerto ó degradado por la culpa! ¡Como si la sociedad pudiera mantenerse

sobre firme asiento y correr al mismo tiempo, no siguiendo á Jesucristo! ¡Como si la pobre humanidad, ciega al lado de tantos caminos peligrosos, pudiera ver luz no recibéndola del celestial Hijo de David, que vino á ser la inextinguible antorcha del mundo! No: no hay mas remedio sinó subir á Jerusalem á que sea crucificada la egoista y rebelde humanidad, para resucitar á vida mas gloriosa, ó por lo menos, no tan turbada ni tan turbadora como la presente.

Cerrando, pues, el palenque que abrí hace hoy quince dias, voy á exponer la necesidad de que aproximemos el ciego á Jesus: *jussit illum adduci ad se;* ó sea:

Las bases mas fundamentales sobre que debe organizarse el trabajo, si ha de librarse la Europa de las catástrofes de que se ve amenazada.

Yo tambien, ciego, pido luz hoy para mi entendimiento y para el vuestro, y que la gracia á vosotros y á mí nos aproxime á Jesus. Pidámoslo por la mediacion de la inmaculada Virgen, descendiente de David, saludándola con el ángel:

AVE MARÍA.

Si en los domingos anteriores, al hablar de la necesidad y del deber del trabajo, y de sus condiciones y frutos, he podido estar expuesto á que me mandáran callar esas escuelas economistas, agrarias, socialistas, comunistas é internacionalistas, segun les plazca denominarse, hoy con doble motivo podria temer que, como las turbas al ciego de Jericó, me increpáran esas mismas escuelas, verdaderas heregías sociales, porque para la organizacion del trabajo exijo, como base fundamental, que se pida luz, auxilio y fuerza al di-

vino Hijo de David; que se aproximen á Él los ciegos, y que su resurreccion, despues de haber sido burlado, escupido, azotado y crucificado en Jerusalem, sea como la norma de la resurreccion de esta sociedad, puesta ya mas abajo del nivel de la pagana, que fué sociedad de egoismo, sociedad de tiranos, sociedad de siervos y sociedad de esclavitud.

De los puntos de vista espirituales, como dije hace hoy quince dias, no puede prescindirse, por ser profundamente sociales, al hablar de estas materias; y menos todavia al ocuparme de las bases para la organizacion del trabajo, asunto que, por afectar hoy á los fundamentos mismos de la sociedad, es para ella una cuestion de vida ó de muerte; y en tal supuesto, como sucede siempre que se trata de lo fundamental, no hay mas remedio que recurrir al divino Hijo de David pidiendo luz y aproximándose á El, y mas en dias de tanto ruido y tantas tinieblas como los presentes, en que se quiere no oigan ni sigan las turbas á Jesus, como no sea para azotarle de nuevo y crucificarle. No soy yo, ni vosotros debeis ser, del número de aquellos que creen han de resolverse hoy todas las cuestiones metiendo la mano en un saco de dinero: así que, los principios que voy á invocar son mas grandes que una Constitucion, y mas durables que una dinastia, porque son los eternos principios de la Religion y la moral, al mismo tiempo que las soberanas reglas de la mejor política; luz que viene derramando el divino Hijo de David hace diez y nueve siglos sobre tantas generaciones ciegas. El nudo gordiano que está ahogando á la sociedad contemporánea no veo que pueda desatarle ni cortarle la sabiduria humana; y, ó le afloja suavemente la Religion católica, ó la Europa tiene que pasar por una crisis muy violenta.

Las heridas de la sociedad son hoy tantas y tan graves, que no hay que pensar en que de una vez puedan ser cerradas y cicatrizadas. Pero la acción ó la influencia católica ha de dirigirse, antes de todo, á cortar ese antagonismo entre el pobre y el rico, que es hoy el mas espantoso de todos los síntomas de la enfermedad social y el punto verdaderamente avanzado del problema que ahora se agita. Yo oigo ruido de turbas, y no como el de las que seguian á Jesucristo en el camino de Jericó á Jerusalem. No podré tampoco entrar en detalles, que por otra parte no son propios de oraciones de esta índole, sinó que señalaré bases, sin las cuales nada ha de poder edificarse; grandes manantiales, digámoslo así, de donde corran aguas puras, y grandes resplandores que iluminen á grandes cegueras. Porque como todo lo fundamental es lacónico, lo son tambien los preceptos divinos que regulan las relaciones entre hombre y hombre, y entre el hombre y el Estado: relaciones que tienen por objeto aproximar lo que el egoismo separa, conciliar lo que intereses opuestos hacen hostil, y armonizar disidencias que siempre son profundas y podrian ser perpétuas, porque nacen del mismo inficionado origen de nuestra corrompida naturaleza. Pues para todo esto encuentro camino en el que recorrió Jesucristo en Jerusalem, en los hechos allí realizados, y en la luz y en la fuerza que el ilustre Hijo de David nos envia desde la cima del Calvario. *Ecce ascendimus*, etc.

Condicion necesaria es, en primer lugar, para la organizacion del trabajo, que el obrero no haga uso de su libertad sinó dentro de los límites de la razon y de la equidad, sin perder de vista nunca el principio, la razon del principio y el fin del principio á que debe su emancipacion. Porque la primera luz que al

ciego paganismo comunicó el divino Hijo de David, en orden á las relaciones que habian de unir en admirable y feliz consorcio al hombre con el hombre, y al hombre con el Estado ó con sus superiores, fué aquella que, iluminando la razon natural con resplandor de fuego divino, la perfeccionó en orden á la consideracion y respetos debidos á nuestros semejantes, hermanos nuestros de origen y llamados á gozar de la misma celestial dicha que nosotros. Así nació la caridad que hoy describe con tanto entusiasmo San Pablo en la Epístola; y así comenzó á prepararse la libertad del esclavo que era entonces el obrero; y digo á prepararse, porque ni Jesucristo destruyó de un golpe la esclavitud, ni la Iglesia que cuenta con el tiempo como un agente propio suyo, llevó prisa ni batió inconsideradamente y en brecha lo que encontró establecido; al revés de lo que hace el moderno empirismo reformador, ofreciendo en un santiamen la transformacion de la humanidad toda entera. *Charitas non agit perperam*. Sin ruido de viento de palabras, sin proclamar teorías con el estrépito de los himnos de la libertad, pero con tanta constancia como sabiduría, por via de 'aproximacion insensible y de transaccion amistosa, el Evangelio y la Iglesia, su legítimo intérprete, alcanzaron para el esclavo la libertad de su trabajo, y el obrero ha llegado á ser rey y señor de su familia y de su hogar con progreso lento, pero infalible; porque, con arreglo á las circunstancias y necesidades de cada época, apenas ha habido un Papa que no haya dado un martillazo seguro y no haya roto algun eslabon de esa cadena de los esclavos.

La Iglesia, sí, es el verdadero poder libertador. El divino Hijo de David es el único que restituye la vista á los ciegos. Porque el principio espiritual, que

antes que todo proclama el reinado de las almas, tiende incesantemente á eliminar de la sociedad el elemento pagano, es decir la explotacion del hombre por el hombre, contra el principio material que propende á retener este elemento subversivo. La humanidad, pues, no verá cumplido su glorioso destino social sinó cuando la Iglesia llegue á desarmar el poder material de sus procedimientos de violencia, haciéndole entrar en las vías de la caridad, y la verdad: vías iluminadas por el Hijo de David, y abiertas á la explotacion pública en el Calvario. Pero mientras el poder material tenga á sus pies á la autoridad espiritual, no se evitará la degradacion del hombre; las masas populares no serán miradas en el Estado sinó como fuerzas brutas y provisionales, que es la escuela inglesa, hasta que el vapor las haga totalmente innecesarias. Quiero que lo oigan y lo sepan las clases obreras, cuya fé religiosa está hoy tan amenazada: toda fuerza avasalladora de la Iglesia tiende á esclavizar al pobre; lo primero que hace todo poder que aspira á ser despótico, es perseguir al poder espiritual; los grillos y argollas que veais fundirse para la Iglesia en los moldes de la tiranía, se convierten en cadenas para las clases menesterosas. ¡Ciegos! ¡Siempre sereis ciegos si no pasa junto á vosotros el divino Hijo de David y no os aproximais á Él! ¡Clases obreras! ¡Vais á quedaros muy atrás, en pleno periodo pagano, si no seguís con alborozo y entusiasmo á Jesucristo! Vosotras, vosotras sois las que subís á Jerusalem á ser crucificadas en la misma Cruz en que de nuevo se pone ahora al Redentor divino.

Pero sepan tambien las clases obreras que de esa libertad que el divino Redentor y su Iglesia les han conquistado, si ha de organizarse el trabajo sobre sólida base, provechosa para ellas, no pueden abusar convir-

tiéndola en licencia para sublevarse contra el propietario, contra el capitalista ó contra el dueño del establecimiento para quien trabajan y á cuya sombra viven. A los que sirven, les dice San Pablo que han de hacerlo como quien sirve, no á los hombres, sino á Dios, porque, sea siervo, sea libre, de Dios recibirá el bien (1).

¿Qué diriais del ciego de Jericó, si en seguida de recibir el beneficio de ver la luz hubiera ido á insultar á Jesucristo ó á despojarle de su túnica? Viola igualmente su libertad el obrero dando malos ejemplos, sublevando á sus compañeros ó dejándose arrastrar por ellos entregándose á la holganza ó trabajando mal; porque esa libertad no se le ha dado por Jesucristo sino en interés de la dignidad humana, y esto mismo le significa que esa libertad es de carácter noble, conservador y pacífico, y, de ninguna manera, degradante, trastornador y subversivo. Abusa tambien el obrero de su libertad cuando, no pensando mas que en el alimento del cuerpo, descuida ó desprecia el del alma; porque para satisfacer ambas necesidades se le declaró libre, y una á otra van tan unidas, como lo están alma y cuerpo, constituyendo una sola personalidad. Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura. Por eso hay que deplorar tanto que las clases obreras, en vez de seguir y oír, como las turbas del Evangelio, á Jesucristo, á quien deben su rehabilitacion, á Jesucristo, que ha identificado consigo al pobre y al pequeño, hoy se separen de Él pidiendo su flagelacion y crucifixion, como aquellas otras tambien de Jerusalem, y aborreciendo á la Iglesia, su madre mas tierna, su tutora mas solícita. El obrero, infringiendo la ley de la observancia del do-

(1) Ad Ephes., vi.

mingo y rehusando trabajar para su alma en ese día, la roba el sustento y él se hace doblemente infeliz, toda vez que no encuentra para su miseria corporal dulces compensaciones en su espíritu. ¿No quereis al Cristianismo? Pues sois artesanos de vuestra desgracia, obreros de vuestra perdicion, ciegos y pobres voluntarios que, pasando Jesucristo á vuestro lado, no quereis llamarle; víctimas que subis á Jerusalem á morir, pero á morir sin luego resucitar. Seguid juntos á Jesus, como las turbas lo hacian; es decir, reuníos en asociaciones de socorros mútuos bien reglamentadas, pero en sentido contrario y bajo la advocacion de algun Santo que parezca relacionarse con vuestra industria ú oficio. Seguid juntos á Jesus, como las turbas le seguian. Yo que tanto os amo, por vuestro bien os lo suplico. Cristo os llama: *Venite ad me omnes qui laboratis, et honorati estis, et ego reficiam vos.*

Si estas condiciones exijo como indispensables por parte de las clases obreras para la acertada organizacion del trabajo, voy á decir ahora lo que para el mismo fin ha de exigirse de los ricos, y en general de todas las clases acomodadas, si á la sociedad y á los intereses particulares ha de dárseles la seguridad y garantías que, con gritos mas altos que los del ciego de Jericó, están pidiendo y reclamando. Para esto me encuentro tambien con buenos guias y modelos en la liturgia del presente domingo; pues además de ver á Jesus hacerse pobre, siendo infinitamente rico, y subir á Jerusalem con sus discípulos para ser azotado y crucificado por libertar al hombre esclavo de la culpa, San Pablo nos refiere hoy en la Epistola, segun antes he indicado, los prodigios de la caridad, su verdadera naturaleza y sus manifestaciones mas heroicas y gloriosas,

Sí, señores. Yo no veo que pueda nadie ni nada sino la caridad católica, que se muestra de tantas maneras é inclina constantemente al fuerte hácia el débil, y al rico hácia el pobre, evitar la mas salvaje anarquía que nos está amenazando. Por fortuna esa caridad es ya antigua y muy maestra en el oficio, como que desde la fuente de sangre divina, abierta en Jerúsalen hace diez y nueve siglos, vienen saliendo raudales de vida y regeneracion para la tierra. La Europa cristiana fué magnífica en su caridad. Su suelo le cubrieron las fundaciones piadosas, patrimonio inagotable de todos los desgraciados. Tantas como son las necesidades morales y materiales del hombre, tan numerosos fueron los servicios que la antigua caridad católica estableció para satisfacerlas. El niño pobre tuvo maestros, el huérfano padres y madres, el enfermo médicos y asistentes, el anciano, el herido, el leproso, el apestado, hasta el criminal, en una palabra, todos los desgraciados, tuvieron amigos afectuosos y se vieron rodeados de cuidados asiduos. El árbol secular de la caridad cristiana, regado con sangre divina, acogía bajo su copa generosa todas las miserias humanas y todos los infortunios, aun los mas repugnantes. Pero sobre ese árbol secular ¡oh dia funesto! ¡oh dia nefando! descargó sus golpes el hacha protestante, y pisando sus ramas secas, caidas al suelo, hizo su entrada lúgubre y siniestra el pauperismo en el mundo. Porque no es verdad que esa moderna lepra social comenzase en Inglaterra con sus máquinas, sino mucho antes de ellas, en tiempo de su llamada reforma religiosa; y con la destruccion de los monasterios, que eran la proteccion de las miserias y el consuelo de los padecimientos del pueblo, comenzaron á aumentarse de tal manera los pobres,

que ya Enrique VIII, el Rey hereje, dictó duras penas contra ellos, continuando luego en tanto número con la prosperidad de las manufacturerías, que en 1839 hubo allí quien, con refinada crueldad, propusiera la supresion del impuesto civil en favor de los pobres, porque así se morirían de hambre. Efectivamente: la solución no podía ser mas definitiva. Es cosa sabida por todos, que tras esa colosal grandeza de Inglaterra hay un innumerable pueblo abrumado de miseria y de padecimientos. Allí, allí, en el reino de la opulencia y de la herejía, es, en efecto, donde mas se multiplica la raza de los miserables.

He querido dar sobre el cuadro esta ligera pincelada para que muchos se desengañen acerca de la índole y consecuencias del protestantismo en orden á los pobres. Es un inhumano Herodes; ¿ellos verán si les conviene reconocerle por Rey, ó si está mas bien en su interés oír á la Iglesia católica y seguir á Jesucristo, que por redimirlos se dejó crucificar en la ciudad deicida!

Pues bien: la caridad católica, segun venia diciendo, tiene que devolver á la actual sociedad la vida que se le vá escapando. Téngase para esto presente que, en cuanto al uso, no es tan absoluto como los socialistas proclaman, para hacerle odioso, el derecho de propiedad; sinó que por Jesucristo está reducido á límites, toda vez que lo supérfluo, equitativamente calculado, y atendiendo á muchas circunstancias y previsiones racionales, se le debe á los indigentes. Como antes se decía: *nobleza obliga*, ahora hay que decir: *riqueza obliga*, so pena de sufrir los actuales ricos la suerte de los antiguos nobles. Favoritos de la fortuna, ¿por qué no ha de turbarse la alegría de vuestros festines? ¿Por qué no habeis de temer que

haya dedos misteriosos, como de mano de hombre, que, como en Babilonia, escriban palabras siniestras? Teneis contruidos vuestros palacios en costas de mares muy borrascosos, y el bramador sonido de las olas amenazadoras debe advertiros que el peligro puede estar siempre próximo. ¡Mirad que podeis estar ya en camino de Jerusalem!

¿Y de qué manera ha de mostrarse ó ejercerse hoy la caridad católica, como base muy principal, para la saludable organizacion del trabajo? Señores: yo no vengo á formar un reglamento, sinó á proclamar principios que para ello sean otros tantos puntos de partida. El ciego de Jericó no pedia mas que luz; era bastante; con eso sabría él ya irse á su casa sin tropezar y sin lazarillo. Jesucristo no hizo sinó dejarse crucificar en Jerusalem y resucitar luego: despues ha venido lo demás. La actual sociedad lleva mil causas de pauperismo en su seno, y la caridad católica tiene que ir las atacando á todas; pero esas mil causas creo yo que pueden reducirse á dos, que son la disminucion de verdad y de caridad, que hay en el mundo moderno. Por consiguiente queda tambien simplificado con esto el sistema de atender á las necesidades del pobre, reducidas á su doble hambre de alma y de cuerpo, que no debemos, que no podemos separar, y que seriamos unos insensatos si nos empeñáramos en hacerlo, al tiempo de socorrerlas. Por precision tiene que ir junta hoy esta doble limosna, por lo mismo que la moderna anticristiana economía política no cuenta para nada con el alma, es decir, con el hombre, sinó solo con el animal, apagando al soplo de ese materialismo impio la luz del espiritu, sin dejarle mas que con visiones y fantasmas, y sin esperanza de que pueda ver pasar á su lado al Hijo de David, que le devuelva su antigua

vista. Pero si, si pasará, debe pasar; porque en el hombre es inextinguible la necesidad de Dios, y habrá que llamarle á grandes gritos: *Jesu, Fili David, miserere mei*; y Dios deteniéndose misericordioso, hará que se aproxime á Él la humanidad, preguntándola: *Quid tibi vis faciam?*

El aislamiento es la muerte de todos los principios fecundos, y la insuficiencia é ineficacia de las fuerzas mas poderosas.

Al pobre ciego de Jericó, que era solo, le habrían ahogado su voz y hasta sus deseos las turbas numerosas que seguian á Jesus, si no hubiera intervenido en ello la misericordia divina. A falta, pues, de las antiguas asociaciones é institutos religiosos, que eran, por regla general, una carrera abierta á la virtud y á la ciencia para los hijos de los pobres, y con cuya pobreza voluntaria se daba un ejemplo de tanta utilidad para ensalzar la pobreza forzosa, ennoblecerla y hacerla aceptable, es urgentísimo de todo punto, sin que permita dilacion para que la caridad pequeña no mate á la grande, y para que esta llene los altos fines que hoy la incumbe cumplir, el que las clases acomodadas, con sistema, con orden, con direccion, y templando la pasion de poseer con la pasion de dar, suban á Jerusalem en compañía de Jesus, es decir, se asocien, constituyéndose providencia de los pobres, y en una y otra forma, pero respondiendo á todas las necesidades corporales, organicen sistemas, creen cajas de pequeños socorros para ocasiones determinadas, é inventen medios ó maneras de conseguir que las clases menesterosas no carezcan de asilo para su miseria, de alivio para sus dolores y de amparo para sus necesidades, imponiéndose al efecto voluntariamente los ricos un limite respecto del lujo y del afan

de gozar; lujo y afán que es la corriente que va arras-trando hácia el mar de todas las desdichas los rios de la opulencia contemporánea. Y digo voluntariamente; porque está ya visto en las naciones que tienen establecido el impuesto civil ó forzoso para los pobres, que esto no solo no remedia el mal, segun se ve, especialmente en Inglaterra, desde las chimeneas de cuyas fábricas llueven pobres sobre aquella sociedad, sinó que ensancha la llaga social, anulando las relaciones entre el pobre y el rico, secando el gérmen de la limosna voluntaria y meritoria, que San Pablo en la Epístola de hoy distingue de la que no lo es, aunque demos á los pobres todas nuestras facultades, y haciendo que en las clases menesterosas se fomente la idea de lo que ellas llaman su derecho á comer sin trabajar, y, lo que es aun peor, sin agradecer. El lujo del cristiano ha de ser hoy la caridad, esa caridad que es paciente y benigna, y goza de la verdad, y todo lo sobrelleva, y todo lo espera, y todo lo soporta, superior á las profecías que se acabarán y á las lenguas que cesarán, y á la ciencia que será destruida, y hasta á la fé y á la esperanza, que luego tambien desaparecerán ante el goce divino, quedando sola la caridad.

Todavía mas de lo que se esmeren las asociaciones católicas de organizacion del trabajo para satisfacer el hambre de pan material en las clases obreras, han de esforzarse por atender al hambre del espíritu, á las necesidades morales de esos pobres operarios que carecen de instruccion y de virtudes. Esta ha de ser la piedra angular, la base principalísima sobre que se levante el edificio bajo el cual han de cobijarse los intereses sociales y la mas esplendorosa luz que el divino Hijo de David puede derramar sobre estas pavorosas tinieblas en que nos vemos envueltos. Las almas

están ciegas; la sociedad de los espíritus está á oscuras. Hay que decir en alta voz: *Domine, ut videam*. Escuelas católicas, instruccion católica, libros católicos, hojas sueltas católicas, costumbres católicas, esto es lo primero, esto es lo necesario, esto es lo urgente, lo perentorio, sin esperar á mañana, hoy mismo, en esta misma hora. El horizonte se cubre de nubes cada vez mas negras; el huracan amenaza, y ¡no hay remedio! hay que resolver el problema. La sabiduría puramente humana es impotente para ello, porque no tiene mas específico para las enfermedades morales que las penas, los sistemas materialistas y los cañonazos. Hay que aplicar á estos males la luz del Hijo de David. *Domine, ut videam*. ¿No curais las almas fundando y fomentando escuelas católicas y propagando por todos los medios la instruccion cristiana con santas astucias y con premios así para los padres como para los hijos que la reciban? Pues aunque deis pan al cuerpo, el enemigo queda en pié, el enemigo queda armado, y en cada momento la sociedad podrá convertirse en un formidable campo de batalla. *Domine, ut videam*.

Pero es que exijo todavía mas para llevar á cabo la saludable obra de la organizacion del trabajo. Porque yo observo que el divino Salvador quiso que le aproximasen el ciego que le pedia luz; *jussit illum adduci ad se*: ó lo que es igual, quiso ponerse el mismo Jesucristo en contacto con aquel miserable á quien iba á socorrer.

Con esto quiero significaros que las clases acomodadas, no solo han de contribuir al socorro así moral como material de las pobres clases obreras con sus capitales ó limosnas, organizando buenos sistemas al efecto y realizando oportunos proyectos, sinó tambien con su actividad, con su direccion inmediata, con

su trabajo personal, con su inteligencia y con sus buenos ejemplos. Este inmediato contacto del rico con el pobre lo exige el interés de ambas clases; porque el rico, con el espectáculo de la paciencia, del sufrimiento y de la resignacion del pobre, recibe de este á su vez una limosna, una limosna de buen ejemplo en orden á abnegacion y sacrificio, cosa utilísima y necesaria al rico, tentado siempre de entregarse al goce y á la disipacion; y añado ahora mas; y es que siendo la ley de los contrastes bien entendidos el secreto de las felicidades, los poderosos serán doblemente felices despues de ver por sus aproximaciones al pobre las miserias á que otros viven sometidos, y comparándolas con su bienestar y sus comodidades. Y por lo que toca á las clases obreras, ¿quién es capaz de calcular el buen efecto que haria en su alma y en su corazon ver á los caballeros y señoras, á los miembros de las principales familias, asistiéndoles ellos mismos en determinados dias, enseñándoles ellos mismos á leer y escribir en las escuelas al efecto fundadas, é instruyéndoles en otros ramos de conocida utilidad para el desempeño de sus respectivos oficios y profesiones? *Jussit illum adduci ad se.* Así se irian acercando las distancias, disipándose los ódios, templándose los rencores y cerrándose los abismos..... ¡estos abismos...! ¡aquellos abismos...!

Estoy oyendo dos objeciones que me haceis, una tras otra, casi sin dejarme respirar. Todo eso está muy bien, me decís, y todo eso y hasta algo mas lo sabemos los que aquí estamos ahora escuchando; y lo creo de veras; pero, ¿quién toma la iniciativa en esa empresa? Pues es preciso tomarla, señores, como todos los individuos de una familia la tomarian para llevar, sin pérdida de tiempo, agua con que apagar

el voraz fuego de la comun casa. ¿Y estarian á salvo (y es la otra objecion) de la mano de los gobiernos y de sus incauciones los intereses de las clases pobres acumulados por nuestra caridad? Eso ya es otra cosa. La objecion es efectivamente oportuna; pero á esto tengo que contestar que al hablar yo como hablo, quiero referirme á una accion combinada de gobiernos y de particulares para el alto fin de salvar la sociedad. Pero, ¿no hay esta accion comun y uniforme? ¿Se dictan medidas contra la *Internacional* sin apelar para nada al sentimiento religioso? ¿Se trata de alejar al clero católico de toda enseñanza y de toda influencia? ¿Se quiere poner trabas directa ó indirectamente aun á la beneficencia ó caridad particular? ¿Se quieren intervenciones y vigilancias que á todos inspiran grandes sospechas y temores? ¿Se quiere...? Entonces no he dicho nada: entonces vivimos en pleno *internacionalismo*; entonces ¡oh pobres clases obreras! disponeos á ser cada dia mas pobres: escuchándome está corazon cristiano donde han dejado paralizada su sangre generosa recientes disposiciones oficiales; entonces ¡oh clases bien acomodadas! tomad vuestras medidas de salvacion, que yo á Jerusalem subo con Nuestro Señor Jesucristo y sus discipulos; ¿pará qué subo? Para clamar desde allí, como lo hizo cuatro años antes de la destruccion del templo y de la ciudad recorriendo calles y plazas aquel judío á quien sus contemporáneos reputaron insensato: «¡Ay del templo! ¡Ay de la ciudad! ¡Ay de todo el pueblo! y hasta ¡ay de mí mismo!»

Basta; basta....

Médicos de la moderna Europa, llamad al Hijo de David para que cure al ciego. *Jesu, Fili David, misereri mei*. Llamad al Catolicismo en vuestro auxilio.

Dejadle que lleve consigo á la humanidad degradada á Jerusalem para que allí resucite. Dejadle libre el camino. Dejadle los cuidados de curar al gran enfermo. Dejad que cure al rico; dejad que cure al pobre; dejadle curar á todos los miembros de la sociedad que está hecha una llaga. Tan imposible es hoy fundar un gobierno y curar una sociedad sin el Catolicismo, como variar la esencia de las cosas y hacer vivir al hombre sin condiciones de vitalidad.

¡Clases obreras! tomad amor al trabajo, que es nuestro destino natural, expiatorio y misterioso; trabajad con paciencia cristiana para recoger abundante fruto, y no abuseis de vuestra libertad. No perdaís de vista á Jesucristo. ¡Familias ricas, ayudad á los pobres con vuestras limosnas, con vuestra caridad, con vuestra inteligencia, con vuestros buenos ejemplos, con vuestros mismos servicios personales! Así os salvareis y se salvará la sociedad. Sacrificad algo para salvar mucho. Y subiendo á Jerusalem con Jesucristo, y llamándole habrá luz y resurrección para esta sociedad que agoniza, y paz para sin tantos peligros poder subir á la Jerusalem del cielo. Amen.



SÚPLICA DEL AUTOR

LAS CLASES OBRERAS.

AUNQUE en alguno de los anteriores discursos he hecho indicaciones relativamente á la observancia del Domingo y á la blasfemia, y ya que mis primeras palabras en este folleto son para la honrada clase obrera, quiero que para ella sean tambien las últimas, con tan recta intencion escritas, como gratos me serian aun los mas penosos sacrificios, si para su felicidad se me pidiesen.

Dos cosas demuestran el salvajismo de los pueblos, ó pueden conducirlos á él: la ignorancia en materias religiosas, que irremediablemente los arrastra á mil degradantes aberraciones y crímenes; y la blasfemia, que es lenguaje desconocido hasta en el mismo infierno, y hoy uno de los mas graves síntomas de la inmoralidad y descomposicion social en España, en opinion aun de los extranjeros que no son católicos.

¡OBREROS!

quien os ama tanto como el que mas, os dice por utilidad vuestra y honra de España:

Observad religiosamente el Domingo y dias festivos.—No blasfemeis.

Juan Gonzalez.



